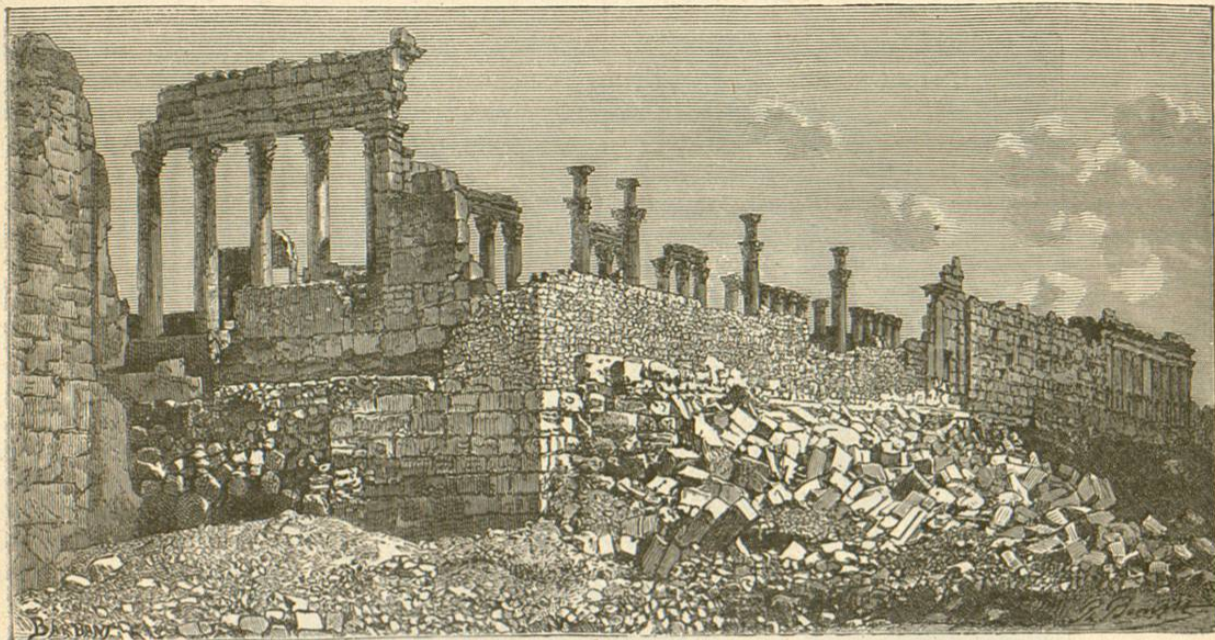


do haya recibido la reina de Oriente los refuerzos y auxilios que espera de todas partes? Entonces dejarás ese soberbio entono con que pides mi sumisión, como si tus armas fueran ya victoriosas.»

Después de este cambio de palabras mortificantes, no quedaba ya más que forzar la plaza ó reducirla por hambre. Cenobia contaba con la Persia; pero la Persia había cambiado en tres años tres veces de monarca, en medio de las conspiraciones de los grandes y de las cuestiones religiosas que agitaban los pueblos. El vencedor de Valeriano, Sapor, había muerto en 271: su hijo Hormisdas, príncipe pacífico,



Ruinas del templo del Sol, en Palmira

Ram Hoormuz, que él edificó, muestran aun los persas un naranjo plantado por él, según ellos mismos dicen, siendo objeto de su veneración.

Bahram era el príncipe reinante, cuando Aureliano se presentó delante de Palmira; pero el reino estaba turbado por las predicaciones de Manes, que procuraba fundir en una misma doctrina la religión de Cristo y la de Zoroastro. Los pueblos y aun la misma corte se dividían entre el antiguo y el nuevo culto: Sapor había desterrado al sectario; pero Hormisdas lo favorecía. Temiendo los magos por su autoridad religiosa, recobraron su influjo sobre el ánimo de Bahram, el cual condenó á Manes á ser desollado vivo, y fué poco después asesinado por un partidario del reformador.

Esta doble tragedia es posterior al sitio de Palmira; pero explican estas divisiones la prudente actitud de los que en otro tiempo tuvieron prisionero á un emperador romano. Limitáronse á enviar hacia Palmira algunos socorros, que después de todo fueron interceptados.

En cuanto á la Armenia, ya hemos dicho en otro lugar las razones que la obligaban á hacer de la amistad de Roma una necesidad. Respecto de los árabes y sarracenos, fueron intimidados, ó cedieron al cohecho, y para ello, no fué menester mucha fuerza ni mucho oro.

Con esto, quedó Cenobia sola. Cuando supo que no podía ya contar con los que suponía sus aliados y vió que los víveres disminuían rápidamente, se resolvió á huir en demanda de los persas, con la esperanza de atraerlos á un esfuerzo vigoroso, mientras sus guerreros se mantenían firmes.

reinó catorce meses, y su sucesor Bahram, el *Benéfico*, menos de cuatro años.

De Hormisdas se cuenta un rasgo digno de las *Mil y una noches*. Sospechoso de haberse puesto en inteligencia con unos sátrapas, descontentos de no ver acabar el reinado de Sapor que duraba ya treinta años, se cortó la mano y se la envió á su padre en testimonio de su fidelidad. El uso no admitía que un príncipe mutilado pudiera reinar; pero Sapor no lo tuvo en cuenta para honrar el valor y premiar la fidelidad de su hijo, á quien llamó á reinar después de él. Esta leyenda protegió la memoria de Hormisdas; en

En efecto, á lomos de dromedario rápido, se dirigió al Eufrates, y ya iba á tocar á su orilla, cuando los jinetes enviados en su persecución le dieron alcance. Esta triste nueva llevó la confusión á Palmira. Algunos querían resistirse aún; pero el mayor número arrojaron las armas y abrieron las puertas.

Aureliano no varió las condiciones que había propuesto al principio: trató á la ciudad con dulzura, respetó sus derechos y se limitó á tomar los tesoros de la reina.

De regreso á Emesa, donde las tropas pudieron indemnizarse de las privaciones sufridas con los recursos de una rica provincia, constituyó el emperador un tribunal para juzgar á Cenobia y á sus ministros. En su primera entrevista con Aureliano no desmintió la reina su altivez:

—¿Cómo te has atrevido, le preguntó el vencedor, á ultrajar la majestad de los emperadores romanos?

—Te reconozco por emperador, ya que has vencido, le contestó Cenobia; pero Galieno, los Aureolos y los otros no eran para mí sino ambiciosos vulgares.

La lisonja no excedía la justa medida. Dícese que en el tribunal descargó cobardemente en sus consejeros la responsabilidad de la guerra, y esto debe de ser una calumnia de los vencedores, ó habilidad de Aureliano. Los soldados querían sangre, y él estaba resuelto á no derramar la de la reina, porque no creía que la nueva Cleopatra dejara de honrar su triunfo. Con esto se entendieron los jueces para no encontrar culpables más que á sus ministros, los cuales fueron condenados á muerte. Entre ellos estaba el célebre Longino, que fué al suplicio con toda la serenidad de un sabio (273).

La caída de la reina de Oriente tuvo gran resonancia en el mundo, y el abandono en que la dejaron todos sus aliados mostraba el temor que inspiraba el imperio resucitado.

Aureliano había salido de Siria con el ánimo exento de toda inquietud, y ya había cruzado el Asia Menor y aun parte de la Tracia, cuando le llegó la nueva de haberse sublevado los palmyrenos, de haber sido degollada la guarnición romana con su jefe Sandarión, y proclamado, en fin, emperador cierto Antioco.

En efecto, Palmira no había podido resignarse á recaer del rango de ciudad imperial en su antigua condición de ciudad mercantil: había probado la copa de las grandezas y estaba aun embriagada, y en sus sueños veía siempre la imagen de aquellos guías de caravanas convertidos en Césares de Roma.

El acto de locura que acababa de cometer fué expiado de la manera más cruel. La cólera de Aureliano era terrible: ya hemos visto su severidad en Roma; en Palmira fué tanto más implacable, cuanto más clemente había sido antes. Nada sabemos de la expedición que se encargó de su venganza; pero bien se ve por una de sus cartas que esa venganza fué como la ejecución de todo un pueblo:

«Aureliano Augusto á Ceyono Baso.

»Den ya reposo á la espada los soldados: bastante exterminio han hecho ya entre los palmyrenos. No hemos perdonado á las madres, se ha degollado á los niños y á los ancianos, sin olvidar á los habitantes del campo. ¿A quién dejaríamos el país? ¿á quién la ciudad? Dejemos vivir á los pocos que quedan, suponiéndolos bastante corregidos con la vista de tales y tantos suplicios.

»Quiero que se restablezca como estaba el templo del Sol, saqueado por el portaáguila, por los portaestandartes, por el *draconario* (1) y por los del cuerno y el clarín. En las arcas de Cenobia tienes 300 libras de oro, y en las tuyas 1800 de plata provenientes de los palmyrenos; tienes además la pedrería real. Haz servir todas estas riquezas á la ornamentación del templo; con lo cual harás una cosa grata á los dioses y á mí. Escribiré al senado para que envíe un pontífice á la consagración del templo.»

Palmira no se levantó ya. Las familias que habían hecho fortuna perecieron sin duda en la matanza, y los pocos habitantes que sobrevivieron no supieron reemplazarlas. El comercio se habituó á tomar otras vías; las arenas invadieron el oasis despoblado y por espacio de diez siglos se ignoró hasta el lugar en que la reina del Oriente había edificado sus marmóreos palacios; pero una fuente que corre todavía allí ha guardado acaso, á través de las edades, el nombre del que causó esta gran ruina (2).

Después de la tragedia de Emesa, se dió prisa Aureliano en volver á Europa, sin bajar á Egipto, de donde un hombre tan bravo como él, Probo, había expulsado á los palmyrenos. Creyendo pacificado este país, no había juzgado oportuno mostrarse en él; pero en cuanto se supo que iba camino de la Galia, un negociante enriquecido en el comercio del papiro egipcio y de los géneros de la India, el griego Firmo, á quien había deslumbrado la fortuna política de los *cheiques* de Palmira, quiso poner á prueba la suya.

(1) Alférez que llevaba un estandarte figurando un dragón, terminando en una banderola roja, que agitada por el aire, imitaba el tortuoso movimiento de la cola de una serpiente.

(2) El *Ain Ournus*, que se ve cerca de Palmira. Se ha supuesto que Ournus es la abreviación alterada de *Aurelianus* (*Narración de Fatalla Sayeghri*, encontrada por Lamartine, *Voyage en Orient*, II, 382).

Compró la asistencia de los blemeyes y de los sarracenos, sublevó á Alejandría, dispuesta siempre al tumulto, y detuvo la flota frumentaria, cosa de suyo grave. Había tomado la púrpura en el momento en que Palmira se sublevaba, de donde puede inferirse que los dos movimientos habían respondido á un mismo plan (3). No le fué nada difícil á Aureliano encerrar al usurpador en uno de los tres distritos ó barrios de Alejandría, en el *Bruchion*, separado por un muro del resto de la ciudad, y donde César había arrojado, durante tanto tiempo, todas las fuerzas de Egipto. Allí estaban los palacios de los Tolomeos, el Museo, unido por un largo pórtico de mármoles preciosos á la residencia real, y el templo de los Césares, edificado en el sitio en que se alzaban antes los obeliscos llamados *agujas de Cleopatra*. Aureliano no acometió la empresa de forzar esta plaza de un género particular; pero el hambre le entregó á Firmo, á quien hizo crucificar; desmanteló el *Bruchion*, el palacio de los reyes y todo lo que hubiera podido servir de abrigo á una nueva insurrección, para que el abastecimiento de Roma no estuviera á merced de aquel pueblo levantisco y sedicioso.

Esta vez á lo menos su cólera se cebó más bien en los monumentos que en los hombres (4); pero aumentó en un duodécuplo el impuesto frumentario de Egipto y aun le impuso un nuevo tributo anual, consistente en cierta cantidad de cristal, papiro, lino, cáñamo y otros productos del país, para enviar á Roma.

Cautiva Cenobia, crucificado el *bandido* Firmo, y contenido el populacho de Alejandría por una guarnición romana, iba ya á renacer el orden en el Oriente, dos veces recorrido en algunos meses por un ejército victorioso. De todas partes venían embajadas, protestas de amistad y presentes, entre otros, como obsequio especial del rey de Persia, un manto de púrpura, que parece haber sido el ascendiente de nuestras cachemiras de la India.

Nada pues retenía á Aureliano en estas partes, y libre era, en fin, de convertir sus ojos y atención á las provincias de Occidente, donde reinaba Tétrico hacía ya cinco años (5).

Victoria, la Madre de los campamentos, había muerto (6), y su alma viril no sostenía ya el vacilante valor del bonachón á quien había hecho ella emperador de las Galias. Establecido en Burdeos para no ser turbado en su reposo por los ruidos de la frontera y la gritería de las legiones, esperaba con impaciencia que Aureliano lo desem-

(3) La *Historia Augusta* no lo dice, pero la narración de Vopisco es muy confusa. Damos lo verosímil, no lo cierto. Algunas palabras de la carta de Aureliano al senado y al pueblo de Roma, después de la derrota de Firmo, hacen pensar que la sumisión de Egipto hubo de ser precedida de la de las Galias... *pacato toto orbe terrarum* (Vopisco, *Firmo*, 5); pero los demás datos suministrados por la *Historia Augusta*, por Zósimo (I, 61), por las medallas y la serie de los hechos son contrarios á esta opinión. Se tienen monedas del año V del reinado de Tétrico, es decir del año 272-3.

(4) Había dejado salir del *Bruchion* á las mujeres, á los ancianos y á los niños. A lo menos Eusebio (*Hist. eccl.* VII, 32), refiere este hecho bajo la autoridad de Anatolios, testigo ocular, y más tarde obispo de Laodicea, pero sin nombrar á Aureliano, y como hace ir en seguida á Anatolios al concilio de Antioquia contra Pablo de Samosata, hay acaso que poner el hecho en el reinado de Claudio, cuando Probo expulsó del Delta y de Alejandría á los palmyrenos.

(5) V. Boze, *Tétrico*, en las *Mem. de la Acad. de Inscrip.* t. XXVI, página 515 y siguientes. Numerosas medallas de este príncipe tienen grabadas las palabras: *ubertas, latitia, felicitas publica*, y algunas piedras miliarias prueban que hizo reparar los caminos de las Galias para facilitar el comercio.

(6) Ciertas narraciones suponen que la mató el mismo Tétrico, pero es inverosímil; antes bien le hizo solemnes funerales y le decretó la apoteosis, *consecratio*.

barazara de su pesada realeza. Algunas medallas lo representan vestido, no ya de la marcial coraza, sino de la toga civil, y llevando en una mano un cetro y en otra un ramo de olivo ó un cuerno de la abundancia.

Cuando, al recibir sus pagas, veían los soldados al emperador representado en las monedas con los atributos de la paz y una leyenda significando que la moderación en la victoria da grandeza á los príncipes, debían considerar al manso príncipe como indigno de reinar sobre los hombres. Lo respetaban, sin embargo, satisfaciendo su orgullo en conservar un imperio que era obra de todos ellos. Ellos y sus jefes tenían en aquellas provincias sus hábitos, sus intereses, y estaban ciertos de que no sería Tétrico quien turbaría aquella tranquila existencia llevándolos al otro cabo del mundo en son de guerra contra persas y blemeyes.

Por otra parte, la Galia era también su dominio y en él se conducían como dueños, con toda la insolencia y todo el arrogante desdoro de una soldadesca que domina á sus jefes. Para resistirse á sus exigencias, cerró sus puertas Autun; pero ellos sitiaron la plaza y estuvieron allí espacio de siete meses, sin que Tétrico hiciera nada para poner término á hostilidad tan infundada. Claudio, á quien apeló Autun con la expresión de su queja, estaba por demás atareado con los godos para dar oídos á querellas tan lejanas, y con estas largas, la desdichada ciudad fué entrada á saco, pereciendo, como era de esperar, muchos ciudadanos en este acto de injusta y fiera venganza (269). Uno de ellos huyó hasta la falda de los Pirineos, á Tarbes, «que atravesada por el Adour, oye mugir á lo lejos al irritado Océano;» allí se casó y fué el abuelo del poeta Ausonio, una de las últimas glorias literarias del imperio.

Otras ciudades pensaban como Autun: una inscripción de Barcelona atestigua la fidelidad de esta ciudad á Claudio y al imperio.

El interesado afecto de las legiones gálicas no era tampoco para tranquilizar al príncipe. Puede creerse que este había buscado la confianza de Claudio por medio de secretos mensajeros, y nos consta que escribió también á Aureliano citando á Virgilio: «Héroe invencible, librame de estos malvados (1).» La inteligencia se estableció fácilmente entre dos hombres, de los cuales el uno no quería colega, mientras el otro sólo quería volver á su condición de súbdito.

Cuando los ejércitos se encontraron cerca de Chalons del Marne, Tétrico comunicó su orden de batalla á Aureliano, y en el momento de la acción abandonó sus tropas, las cuales se desbandaron al saberlo. Con esto, todo el imperio quedó otra vez reunido bajo la autoridad de un solo príncipe (274); hacía veintiún años que no sucedía esto.

Aureliano celebró este grande acontecimiento con un triunfo en que procuró superar la magnificencia de las antiguas solemnidades, que desde muy larga fecha no había vuelto á ver Roma. Lentamente pasaron ante sus deslumbrados ojos innumerables coronas de oro, ofrecidas por las ciudades romanas, veinte elefantes, jirafas, animales fieros amansados; el carro de un rey de godos, tirado por cuatro ciervos, el de la reina de Palmira, hecho de plata y oro cincelados, y resplandeciente de piedras preciosas; cuadros representando las batallas ganadas, las ciudades rendidas, la alegoría de las naciones domadas. Después seguían el senado, los magistrados, los pontífices, el pueblo con sus blancas togas, los colegios, corporaciones ó gremios precedidos de sendas banderas; el ejército con sus águilas; los

(1) *Eripe me his, invicte, malis* (palabras de Palinuro en la *Eneida*, VI, 265).

catafractarios con su pesada armadura y los soldados cubiertos de condecoraciones militares. Finalmente ochocientas parejas de gladiadores destinados á los juegos, seguidos de la multitud de prisioneros de todas las naciones limítrofes al imperio, los unos encadenados, los otros llevando los despojos conquistados, y entre ellos, mujeres de raza goda cautivadas con las armas en la mano en medio del combate entre sus padres y esposos.

Pero todas las miradas eran para Tétrico y su hijo que vestían clámide escarlata y bragas á usanza gálica para que se reconociera bien á los príncipes de la Galia.

La reina de Palmira los seguía deslumbradora de perdería; pero con una cadena de oro á los pies, otra á las manos y otra al cuello; y ¡suprema irrisión! un bufón persa sostenía estas cadenas, de oro pero bastante pesadas, como para recordar á la reina caída en qué esperanza tan vana había confiado.

Aureliano se gozaba brutalmente en su victoria. Pero á lo menos más clemente que Mario y que César, no hizo como ellos en el Capitolio el fatal signo que era la orden de conducir á los cautivos al pavoroso *Tuliano*, adonde Yugurta había precedido al heroico Vercingetorix.

Terminada festividad tan fastuosa, el emperador devolvió á Tétrico sus honores, le regaló un palacio en el monte Celio y lo nombró corrector de la Lucania (2), diciéndole que más valía gobernar una provincia italiana, que reinar más allá de los Alpes, lo que no contradecía el príncipe destronado. Llamábalo con frecuencia *colega*, á las veces compañero de armas y aun *imperator*, y estas distinciones autorizaron al senado á poner á Tétrico entre los *divi*, después de muerto Aureliano. Vercingetorix acabó de otra manera; pero también había vivido de otra manera muy distinta.

A Cenobia también regaló Aureliano una *villa* ó quinta cerca de Tibur y no lejos de la de Adriano, y en ella vivió la reina de Palmira con la más noble matrona romana: sus hijas emparentaron con las más ilustres familias, y doscientos años más tarde algunos personajes de esclarecida nobleza pretendían descender de la reina de Palmira: entre ellos se cuenta un contemporáneo de San Ambrosio, San Cenobio, obispo de Florencia (3).

El triunfo había sido la fiesta del príncipe, el pueblo tuvo luego las suyas: representaciones escénicas, juegos del Circo, grandes cazas, naumaquias, luchas de gladiadores y distribuciones gratuitas. Aureliano determinó que en adelante recibieran los ciudadanos diariamente un pan de flor de harina y carne de puerco, y sobre esto todas las distribuciones se aumentaron en una onza, es decir en una 12.<sup>a</sup> parte. Quería también comprar tierras en Etruria para plantarlas de viñas, á fin de dar al pueblo una ración de vino diaria, como se le daba de aceite. Pero un consejero más discreto que el emperador, hubo de combatir este proyecto. «Después de esto, dice el prefecto del pretorio, no nos quedará más que darles pollos y ocas.»

Aureliano cedió; pero hizo que el fisco vendiera vino á precio reducido, lo que era de una economía política no

(2) Treb. Polión (*Tyr. trig.* 23) dice: «de toda la Italia peninsular.» Es probable que se debe leer: *corrector Italiae regionis Lucaniae*, como respecto de Póstumo Ticiano, cónsul en 301, que fué *corrector Italiae regionis Transpadanae* (C. I. L. VI, 1418, 1419). Borghesi (*Obras*, II, 416) cree que Aureliano formó de las once regiones de Augusto en Italia ocho provincias, que conservó Diocleciano.

(3) Zósimo no habla más que de un hijo de Cenobia, que la acompañó á Roma, sin decir cuál fuera, y hace morir ahogados en el Bósforo á los otros cautivos. No se sabe el fin de Waballath. Eckhel (t. VII, página 493) supone que Aureliano le dió un principado en Siria.

menos mala. Después de la comida, el vestido; y distribuyó túnicas de lino de África, y fajas de tela «para que agitándolas en los juegos pudieran expresar su agrado y favor á los héroes del Circo (1).»

Hay que advertir también, á propósito de las gratificaciones, que no eran un acto de baja adulación para cautivar al pueblo. La fuerza de Aureliano estaba en el ejército, no en Roma, y á pesar de sus liberalidades á los romanos, se cuidaba poco de su buena ó mala voluntad. Bien se ha visto en el curso de esta historia que la plebe no ejerció bajo el imperio ninguna acción política, y Aureliano no hacía más que continuar un uso republicano, desarrollándolo. Después de la conquista de Macedonia, el senado suprimió el impuesto territorial; después de la reconstitución del imperio, Aureliano aumentaba las raciones de vino. Bajo diferente forma, era la misma ventaja para los ciudadanos; sino que la primera disposición había sido, sobre todo, favorable á los ricos y la segunda á los pobres. Puesto que se mantenía la ficción de que los ciudadanos, habitantes de la capital, representaban el antiguo pueblo romano, y no se les podía dar tierras por una ley agraria, como en los antiguos días de la república, se les daba el equivalente en víveres, y en realidad se les daba menos.

En Emesa había encontrado Aureliano el dios de su madre, y le atribuyó su victoria. Las extravagancias de Heliogábalo no habían desacreditado á esta divinidad: estaba en grande honor y era natural que lo estuviera, como quien inclinándose más y más los paganos á la creencia de la unidad divina, el sol, que derrama la luz, el calor y la vida en el seno de la naturaleza entera, les parecía el autor de todos estos bienes. Aureliano le había ofrecido en Emesa pomposos sacrificios; en Roma, creó en su honor un nuevo sacerdocio; le erigió un templo, que pasaba por el más bello y magnífico de la ciudad eterna, á los ojos de los contemporáneos, y lo era sobre todo por las riquezas que en él se acumulaban: una gran cantidad de piedras preciosas y 15.000 libras de oro. Por temor á los celos de los demás dioses, hizo también Aureliano magníficos donativos á cada uno de sus templos.

Tantas prodigalidades, sin contar el dinero dado al pueblo y al ejército, ni los gastos hechos en las fortificaciones de Roma, en la limpia del Tíber, y en los embarcaderos que construyó á lo largo del río, como también en la construcción de termas á su orilla derecha, de un foro en Ostia, y de barcos para aumentar la flotilla que llevaba á Roma los trigos de las provincias frumentarias; tantas prodigalidades obligan á admitir que las afortunadas guerras que había hecho hubieron de poner en sus manos recursos muy cuantiosos. Los historiadores no citan más que el saqueo de Palmira; pero también Alejandría debió de suministrar un rico botín; Antioquia, Ancira, Tiane, las ciudades de Siria tan prósperas entonces, valiosos resates; y la Galia sin duda pagó, como Egipto, su reincorporación al imperio con un crecido aumento de impuesto.

La economía de Aureliano le valió también otros recursos: vivía sencillamente y quería que á su lado se viviera lo mismo. Obligó á sus esclavos á conservar la modestia que habían tenido antes de su advenimiento, y á la emperatriz á vigilar el gobierno del palacio. Hasta hubo de negarse á comprarle un manto de seda, porque la seda entonces se vendía á peso de oro; y hacía á sus amigos presentes que

(1) ... *quibus uteretur populus ad favorem* (Vopiscus, *Aur.* 47). Antes se agitaba un paño de la toga en señal de aplauso. Después de Aureliano se volvió sin duda á las distribuciones de trigo. Teodorico dió todavía 120,000 modios anuales (Cf. Hirschfeld, p. 20-21).

les daban desahogo, pero no riquezas, á fin de prevenir celos y envidias. El mismo no tuvo nunca un vaso de plata que pesara más de treinta libras: los dioses heredaron los presentes que le hicieron; todas las magnificencias que ostentó en su triunfo fueron á parar á los templos, como en los antiguos días de la virtud republicana, para que sirvieran de recurso en el caso de algún peligro extremo.

Los reglamentos suntuarios eran un achaque romano: Aureliano hizo muchos. Así, para remediar la penuria de los metales preciosos prohibió el empleo del oro en muebles y vestidos.

Su biógrafo pretende que renovó el senado de mujeres establecido por Heliogábalo con el encargo de regular los



El Sol (2)

atavíos y reprimir el lujo de las matronas; puerilidad que aquel rudo soldado debió dejar al afeminado sirio.

Pero en cambio desplegaba el príncipe la mayor pompa en las solemnidades, en las cuales se presentaba, ceñido de corona y cubierto de oro y pedrería. Este fausto oriental era á la sazón el gusto reinante, y se encuentra hasta en las obras de arte marcando su decadencia. Diocleciano lo llevará mucho más lejos todavía. Los dos príncipes creían que serían más respetados, si un ceremonial imponente hacía ver más y más la diferencia entre el soberano y el súbdito.

Este fausto, considerado con frecuencia como necesario, y necesario efectivamente en cierto estado social, no protegió nunca sino á los que se protegían á sí mismos con su valor personal, ó la fe de los pueblos envolvía con égida invisible y segura. Según esto, Aureliano hubiera podido pasar sin esa fastuosa precaución, como quiera que contaba con el ejército y el pueblo. Pero un príncipe absoluto no siempre está á recaudo de una asechanza, y ya se iba enroscando á sus pies la sierpe de la conjura.

La magnífica fiesta que acababa de dar á los romanos sólo precedió algunos meses á su muerte.

Aureliano invirtió este tiempo en consolidar la obra de restauración que tan enérgicamente había perseguido du-

(2) Medallón de mármol representando en relieve la cara del sol según el tipo de las monedas de Rodas (escultura romana del museo del Louvre).

rante cinco años. Una sedición en la Galia lo llamó á este país. Se ignora lo que hizo allí.

Se trata de una victoria de Probo sobre los francos, hacia las bocas del Rin, y de otra sobre los alamanos, cerca de Vindonisa (Windisch) obtenida por Constancio Cloro, el día mismo en que había nacido su hijo Constantino. Tradiciones posteriores le atribuyen la reconstrucción de Dijon y la de *Genabum* (Orleans) que hubo de tomar su nombre, *civitas Aurelianorum*. Eran dos importantes posiciones para el comercio y la guerra: en Orleans, centro geográfico de la Galia, terminaban las principales vías militares del país, y Dijon era la grande etapa entre el valle del Ródano y el del Sena. Frejus y la provincia vienesa le debieron acaso algún favor también: unas inscripciones encontradas allí celebran «al restaurador del universo.»

Aureliano visitó sin duda las orillas del Rin, teatro de sus primeras victorias, y después las del alto Danubio, porque se le encuentra muy luego en la Vindelicia y la Iliria. Quería cerciorarse del estado de aquella frontera antes tan perturbada, y donde era bueno mostrar de vez en cuando la pompa imperial, sobre todo cuando la ostentaba un soldado victorioso. Aureliano se proponía hacer más y aun ir hasta Tesifonte á vengar en los aliados de Cenobia los agravios del imperio. Pero antes de llegar á Bizancio, lo detuvo una conspiración.

Los autores eclesiásticos pretenden que la justicia divina previno sus malos designios contra la Iglesia (1). Su conducta en el célebre asunto de Pablo de Samosata y la paz de que gozaron los cristianos en su tiempo alejan la idea de que pensara en una persecución; ni para explicar su fin hay necesidad de recurrir al medio con que en todos tiempos se han explicado las catástrofes repentinas. A ejemplo de Septimio Severo, á quien hubo de tomar por modelo, según parece, mantenía la disciplina así en el ejército como en la administración; vigilaba á los agentes imperiales en las provincias y castigaba rigurosamente á los concusionarios, hasta el extremo de crucificarlos. Habiendo sorprendido en falta á uno de sus secretarios, el liberto Nesteo, hubo de amenazarle con severo castigo. El liberto sabía muy bien que el emperador no hablaba nunca al aire, y formando un plan diabólico, falsificó la letra del príncipe y escribió una lista de personas que no entraban en la gracia de Aureliano, se incluyó á sí mismo en esta lista de sospechosos para que se le diera más crédito y se la comunicó á los inscritos, como una orden de muerte que hubiera sorprendido. Para prevenir el suplicio, á que se creían condenados, los hombres de la lista cortaron por lo sano sin pérdida de tiempo y asesinaron al emperador en enero ó marzo de 275. Tenía Aureliano á la sazón sesenta y un años y había reinado cinco.

Hubo en aquel reinado una sedición de carácter particular. Hemos visto cuán alterada estaba en aquel tiempo la moneda de oro y plata. El jefe de la fabricación monetaria de Roma, Felicísimo, había querido entrar en participación de la ganancia que los príncipes creían hacer por medio de esta condenable operación; y como se le daba poco metal precioso para la moneda que había de hacerse, ponía él menos todavía, asociando sin duda al sucio negocio, por una parte del lucro, á los encargados de la fabricación. De otra manera no se comprendería cómo estalló una sedición, cuando Aureliano quiso hacer cesar el abuso.

(1) Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, 30, y Zonar. XII, 27. En el libro VIII, cap. IV, dice Eusebio que desde Decio y Valeriano hasta los últimos años de Diocleciano, estuvo durmiendo el demonio, y Sulpicio Severo, que vivió en la Galia, no conocía la gran persecución que se pone en el reinado de Aureliano.

La sedición fué espantable: los industriales interesados en el comercio de los metales preciosos, los plateros, los capitalistas, los banqueros, todos los que manejaban dinero, amenazados de reformas que perturbaban aparentemente las condiciones del mercado, hicieron causa común con los monetarios, y el pueblo, como siempre, se mezcló en la contienda por odio á los guardias de policía. Con esto se dió una verdadera batalla en Roma, en el monte Celio, habiendo perecido en ella hasta siete mil soldados, lo que supone una gran carnicería de rebeldes.

Conocemos muy mal este acontecimiento (2). ¿Se mezcló en él el senado? Acaso, porque los antiguos mencionan la ejecución de muchos de sus miembros, sin decirnos los motivos, y perdió entonces el derecho, que ejercía desde Augusto, de fabricar la moneda de bronce. A lo menos no se encuentra ya, después de Aureliano, con las iniciales S. C.; prueba de que los talleres senatoriales se refundieron en los del príncipe, á contar desde aquel año de 274 (3).

El biógrafo de Aureliano añade que el emperador hizo fabricar entonces de la mejor moneda, retirando de la circulación toda la falsa. Aureliano no tuvo tiempo de llevar á buen término esta doble operación, que vino á ser una de las preocupaciones de sus sucesores, pero que no se acabó hasta Diocleciano y Constantino.

Estas medidas prueban la resolución de Aureliano de poner orden en todo. El mismo espíritu de gobierno se encuentra en otros actos de este príncipe. Hizo quemar en el foro de Trajano, como Adriano lo había hecho ya, los registros de las cuentas relativas á los deudores del Estado; malos créditos, en su mayor parte incobrables, pero que hacían pesar sobre gran número de particulares el temor perpetuo de una ejecución judicial. También fueron abolidas las delaciones por infracción de las leyes fiscales. Los *quadruplicatores* ó delatores por la cuarta parte, siempre tan numerosos en Roma, no desaparecieron de una vez, pero su abominable industria dejó de ser un incentivo tentador. No es verosímil que por llenar su tesoro, el autor de estas medidas hubiera hecho morir á senadores sólo culpables de ser ricos.

Con todo eso, se acusa á Aureliano de crueldad y en el siglo IV pesaba ya este cargo en su memoria. A buen seguro, no era benigno este príncipe; pero aquellos tiempos no comportaban la benignidad; y en el príncipe encargado del sosiego y orden del imperio, la indulgencia para con los culpables es una traición para con los inocentes. Para justificar la inculpación que se le hace, sería preciso conocer los nombres y el número de sus víctimas, y los motivos ó pretextos de su condenación; porque en el curso de esta historia hemos aprendido con más de un ejemplo cuán poco queda en limpio de esas vagas acusaciones, vagas y aun contradictorias á menudo si se examinan de cerca. Vopisco, que había conversado con muchos contemporáneos del emperador cuya vida escribía, no se atreve á afirmar nada de eso. «Se dice, escribe este historiador, que para desembarazarse de muchos senadores, hubo de imputarles proyectos de sublevación;» pero, según Juan de Antioquía y Suidas, fueron condenados nobles personajes, por revelaciones de Cenobia; lo que hace creer que durante la guerra de Oriente se habían formado en Roma conspira-

(2) La carta de Aureliano al pueblo romano, después de la derrota de Firmo, hace creer que el senado, los caballeros, el pueblo y los pretorianos no vivían en buena inteligencia, puesto que el emperador les recomienda á todos la concordia.

(3) Los triunviros monetarios desaparecieron al mismo tiempo: el último conocido con una fecha cierta fué cónsul en 225 (Wilmanns, 1211).

ciones, como se formaron en tiempo de Severo, durante la guerra de la Galia (1).

Un hecho justificará nuestras vacilaciones. Es cierto que en el seno de la familia imperial ocurrió una catástrofe de que fué víctima uno de sus miembros. ¿Cuál de ellos? Según unos, la sobrina, según otros, el sobrino del príncipe, y muchos sostienen que perecieron los dos. Según otra versión, la condenada á morir hubo de ser la nuera de Aureliano (2). Si esta última versión es la verdadera, preciso es concluir que, con esta ejecución, quiso Aureliano borrar alguna mancha inferida al honor de su casa. De todos modos fué una tragedia doméstica, cuyos motivos debieron ser muy graves, no siendo Aureliano uno de aquellos locos que ensangrentaban sus penates por infundados antojos.

Tito no es para nosotros el ideal del príncipe: así no reprocharemos á Aureliano haber castigado á los prevaricadores, como á los cómplices de Felicísimo, ó á los fautores de revoluciones, como á los que sin duda habían urdido intrigas con la reina de Palmira. Siempre, por nuestra parte, aprobaremos que entregara á la justicia ordinaria sus esclavos y libertos, cuando éstos eran culpables, porque la servidumbre imperial necesitaba estar severamente reprimida para que no abusara de los numerosos medios de

perjudicar que tenía á la mano, y nos atendremos al juicio del emperador Juliano, que no era sin embargo favorable á un príncipe, cuya gloria eclipsaba la de Claudio, jefe de su casa. En los *Césares*, cuando Aureliano aparece ante el olímpico areópago para ser juzgado, toma el Sol su defensa y dice á los dioses: «El acusado está en paz con la Justicia, ó habéis olvidado mi oráculo de Delfos:

*Que siempre cada cual sufra los daños que haya hecho sufrir.»*

Este juicio parece todavía demasiado severo, porque al lado del riguroso derecho puso á menudo Aureliano la clemencia. Bien lo vimos conceder perdón completo á los habitantes de Antioquía y á los palmirenses, después del primer sitio, y reprimir la matanza después del segundo; y en Alejandría, dejar salir del *Bruchion* buena parte de los que estaban allí sitiados, bien que esto permitiera prolongar la resistencia. Su conducta con Tétrico, Cenobia y Antíoco contrasta con la de sus predecesores, y todavía se alejó más de las fieras costumbres romanas dando una amnistía por delitos políticos (3). Era acabar dignamente la restauración del imperio borrar las huellas de veinte años de guerras civiles, en las cuales había habido esta vez más desgraciados que criminales.

## CAPITULO XCVIII

TÁCITO, PROBO Y CARO (275-284)

### I.—TENTATIVA DE UNA RESTAURACIÓN SENATORIAL.— TÁCITO Y FLORIANO (25 setiembre 275.—Julio 276)

La muerte de Aureliano tuvo extrañas consecuencias: por espacio de seis meses permaneció sin jefe el imperio. Había restablecido el orden con mano tan vigorosa, que todo continuó su curso, como si hubiera estado vivo: el magistrado siguió en sus funciones, el pueblo en sus ocupaciones y ¡cosa rara y hasta inverosímil! el ejército en sus ejercicios. Esta paz de un largo interregno, el primero y el último que hubiera visto el imperio, dice más en favor de Aureliano que todos nuestros elogios. En fin, se reconocía en él al restaurador del imperio, al príncipe que había puesto término á las usurpaciones, pacificado las provincias, devuelto á las legiones el honor de las armas, y á Roma su perdida grandeza.

Por un momento, hubo como un renacimiento de espíritu público y de patriotismo. Avergonzado de no haber sabido preservar ó defender á su glorioso general contra una vulgar conspiración, el ejército se castigó á sí mismo rehusando ejercer el derecho que, al parecer, le estaba reconocido ahora, el derecho de elegir emperador.

El senado recibió con verdadera sorpresa el mensaje siguiente:

(1) Mas arriba hemos visto que Zósimo habla también de conspiraciones, cuya existencia admite.

(2) Suidas, S. V. *Aurel.* Otro nuevo embarazo: Vopisco no da á Aureliano más que una hija.

(3) *Amnestia sub eo delictorum publicorum decreta est* (Vopisco, *Aur.* 39).

«Las bravas y afortunadas legiones, al senado y al pueblo de Roma:

»El crimen de uno solo y el error de muchos nos han arrebatado á nuestro último emperador, Aureliano Augusto. Vosotros, hombres respetables, cuya solicitud paternal dirige el Estado, pondréis este príncipe en el número de los dioses, y designaréis al que juzguéis más digno de la púrpura imperial. Pero ninguno de aquellos cuya maldad ó desgracia haya causado la nuestra, reinará sobre nosotros.»

El padre conscripto á quien su categoría daba el derecho de hablar primero, viejo consular, de nombre Tácito, que pretendía descender del grande historiador, propuso deferir al voto de las legiones en lo que concernía á los honores que se debían tributar al príncipe muerto, y sin demora se decretó su apoteosis; en cuanto á la segunda petición, el prudente senador sabía muy bien, que obedecer sería peligroso para el elegido del senado, acaso para el senado mismo, porque la soldadesca no conservaría mucho tiempo esta actitud de humildad y arrepentimiento. Así pues se dejó la elección al ejército, que se obstinó en su resolución: era todavía una manera de mandar.

Algunos generales patriotas, á quienes por otra parte, tantas exequias imperiales mostraban que la púrpura se trocaba muy luego en sudario, habían determinado esta conducta del ejército y le hicieron perseverar en ella. Todavía menos ambicionaban los senadores tan peligroso honor. El más visible de ellos por su nombre, sus dignidades y riquezas, Tácito, había huido á una de sus quintas de la Campania, después de la sesión del Senado. Pero la orden consular que convocaba á la asamblea para el 25 de setiembre, lo sacó de allí, mal de su grado.

Abierta la sesión, el cónsul Gordiano habló con ciertas